



¿Qué es la ciudad?

No andaban confundidos los autores de la Biblia en su siempre recelosa actitud respecto a las ciudades y sus fundadores. Caín, cuando rompe con el círculo de familia, «se pone a construir una ciudad.» Y es en las ciudades donde se dan los desafíos (Babel, Sodoma) que provocan la ira de Yahvé. Porque las ciudades, para decirlo como Lévi-Strauss, son «la cosa humana por excelencia.» Y, como es sabido, los que hablan en nombre de los dioses siempre temen las cosas de los hombres. Es en la ciudad donde el poder toma nombre. Y sólo lo que tiene nombre funda. Quizás por ello, pese a todos los recelos, la Biblia tuvo que oponer la ciudad celeste a la ciudad terrestre: Jerusalén, como lugar de salvación. Cuando «las cosas humanas» adquieren su autonomía (la cultura se desmarca de la naturaleza) empieza el desencanto del mundo. La ciudad contemporánea representa la culminación del proceso de desencanto al que Weber puso el nombre de «modernidad.»

Esta ciudad moderna ha sido el objeto del trabajo de Jean Dethier y Alain Guiheux. La selección de obras que ellos han hecho es sumamente ilustrativa de las limitaciones de todo proceso de desencanto, en un siglo en que tantas veces se optó, al modo de Yahvé, por destruir o encerrar la ciudad que se resistía.

1. Al mismo tiempo que la ciudad moderna termina con las legitimaciones externas y unitarias de la comunidad política, construye sus propios prejuicios internos y, si se me permite, tecnocráticos e ideológicos. El sueño de la ciudad racional perfecta genera monstruos.

2. El proceso de racionalización deja en la ciudad huella física de sus limitaciones. Cada vez que se intenta olvidar que no todo es posible se entra en un proceso de destrucción. Y demasiado a menudo se ha querido arrancar la memoria por ser un estorbo para el sueño de una ciudad nueva para un hombre nuevo. La memoria siembra la ciudad para dejar constancia de que no hay ruptura sino continuación de un proceso, porque, como ya vio Aristóteles, toda ciudad es un hecho de naturaleza en tanto que es el fin de cualquier comunidad.

3. En la construcción de la ciudad moderna se pone de manifiesto, más que nunca si cabe, que la utopía está del lado del que aspira al poder. Los políticos y los arquitectos son los agentes de la utopía en la ciudad moderna.

La ciudad abierta moderna pone fin a la justificación no filosófica, es decir, teológica, religiosa, étnica, etc. de la comunidad. La ciudad abierta no sólo no tiene nada que ver con la unidad, el país y el poder del rey, sino que puede incluso ser subversiva respecto a estas unidades y a estos poderes porque rompe los marcos trascendental o naturalista de adscripción de la comunidad política. Y en este sentido la ciudad moderna afronta un problema que ya afrontó Grecia: objetivar la cuestión de los dioses para organizar libremente el orden convencional de las personas. Para ello, la filosofía puso al mito en su sitio: no es el mito lo fundamental, el mito es estrictamente convencional, una convención aceptada en interés de todos una vez levantada la certificación de que el mundo no está encantado.

Pero la ciudad moderna se encuentra con una dificultad: la idea de racionalidad y transparencia ha hecho creer a algunos, antes de plantearse qué es esta forma de comunidad ya dejada al libre hacer de los hombres, que la ciudad era perfectamente maleable. Y que bastaba construir una idea de ciudad para conseguir el sueño de la ciudad perfecta. Los sueños de la ciudad racional moderna han poblado de monstruos ciudades y suburbios. Y muchas veces han ido de la mano del sueño del poder absoluto, trágicamente experimentado a gran escala en este siglo. Pocas ciudades expresan tan cruelmente esta alianza y el sarcasmo con que la realidad encaja la perfección como Dessau, donde el mito moderno de la Bauhaus aparece rodeado de sus hijos, las monstruosas construcciones de cajas de cerillas (hijas de aquel desvarío) destinadas a albergar la privilegiada clase obrera del estalinismo. Este siglo ha destruido ciudades a sangre y fuego, pero también a golpe de planificación, de prohibición y de absurdo. Los dioses, los poderosos, tienden a odiar todo aquello que tiene significado propio.

El urbanista ha creído a menudo que la ciudad era un simple problema técnico y que el profesional era él. Del proyecto de estudio a la realidad no había más que un paso. Y este paso se llamaba poder. De ahí la alianza del urbanista y el gobernante. Alianza que ha tenido toda la gama de momentos y de circunstancias que han caracterizado la modernidad. Donde, según los casos, el urbanista ha mandado sobre el político o viceversa. El resultado ha sido desigual, en función de la fuerza de la ciudad. En aquellos casos en que se ha podido oír la opinión se han conseguido resultados esperanzadores. Donde la opinión no tenía palabra se han generado monstruos. Lo cual confirma que la ciudad moderna sólo puede alcanzar el verdadero desencanto del mundo en el marco de una sociedad abierta.

Pero, en cualquier caso, se confirman dos cosas importantes:

1. La ciudad no es sólo un concepto urbanístico o político. Tratada como tal es una reducción que acaba provocando el conflicto o el desastre. El planificador –urbanista o político– que contempla la ciudad como un plano sobre el que actuar cuando choca con las rugosidades de la realidad acaba destruyéndola u odiándola. Y esto lo hemos visto en lo urbanístico: con propuestas enormemente simplificadoras de destrucción innecesaria de memoria. Y lo hemos visto, lo estamos viendo, con lo político: el odio contra la ciudad en tanto que ésta representa el obstáculo a la liquidación de la memoria, como en Dubrovnik o Sarajevo. Sarajevo simboliza el odio a la ciudad abierta y plural de aquellos que quieren retomar el hilo de la sociedad homogénea y cerrada. Es decir, el odio a la verdadera ciudad; ya Aristóteles afirmaba que la unidad no es objeto de la ciudad porque ésta es pluralismo.

2. La ciudad es cosa de los hombres, y por tanto nunca puede ser una construcción estrictamente racional. La ciudad es a la vez memoria organizada (para decidir como Hannah Arendt) y construcción convencional, naturaleza y cultura, pasado y futuro. Los artistas del siglo han tenido que recordar muchas veces que con la sola razón no se alcanzan todos los recodos de la ciudad. La ciudad racional es un absurdo como el rascacielos de Ballard en que los odios y las venganzas se acaban comiendo a los habitantes de la construcción perfecta, perfectamente planificada. Y han sido los artistas, como demuestra la exposición, los que han tenido que dar una y otra vez la señal de alarma. Ciertamente es propio de la ciudad el cambio. Pero este cambio tiene historia, protagonistas y una trama de deseos individuales y de proyectos. Demasiadas veces los hechos han dado la razón a Simmel, que decía que el hombre puramente racional es indiferente a todo lo que es propiamente individual. Y todo lo que es propiamente individual forma parte de la trama de la ciudad.

Quiero con todo ello expresar una idea muy simple que se me impone a través de esta



aproximación a la ciudad moderna que es «Visiones urbanas»: se necesita un concepto filosófico de ciudad, que impida que ésta sea sustraída por los urbanistas y por los políticos. La ciudad es algo más que un espacio para la manipulación del poder, es algo más que una hábil manipulación y colocación de sus piedras y es algo más que este lugar fragmentario de las experiencias de los artistas. Es todas estas cosas y mucho más, porque como dice Aristóteles la ciudad –la comunidad– es anterior a la familia y a cada uno de nosotros tomados individualmente, aunque sea la suma de este nosotros tomados individualmente quien la haya construido.

La historia de la ciudad moderna a través de sus artistas y sus arquitectos, como la presenta «Visiones urbanas», es la historia de un diálogo, a menudo de sordos, entre los artistas, que revelan las contradicciones de la ciudad moderna y señalan aquellos árboles que el bosque de la ciudad racional perfecta puede hacer olvidar, y los urbanistas, dispuestos a tomar la ciudad como un espacio de experimentación y conquista para moldeado a su imagen y semejanza. Es en los puntos de contacto entre estas dos actitudes (la imaginación y la experiencia del artista y la invención y la representación del urbanista) donde emerge el complejo concepto de ciudad. Suena a cursi decir que la ciudad son sus hombres. Es cursi y falso, porque la ciudad también son su calles y su memoria y sus instituciones y muchas cosas más. Dejemos que lo diga el poeta, Borges en este caso: La ciudad es también «la otra calle, la que no pisé nunca, es el centro secreto de las manzanas, los patios últimos, es lo que las fachadas ocultan, es mi enemigo, si lo tengo, es la persona a quien le desagradan mis versos (a mí me desagradan también), es la modesta librería en que acaso entramos y que hemos olvidado, es esa racha de milonga silbada que reconocemos y que nos toca, es lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, o que ignoramos y queremos.»

La política y el urbanismo han sido influidas por las ideologías que han hecho del poder control del espacio y ubicación de las personas. Crea un medio adecuado y tendrás una sociedad gobernable. Pero, precisamente, si la ciudad abierta, como lugar del cambio y del desencanto del mundo, tiene algún sentido, es el de impedir que este llano dominio acabe triunfando. Porque es el factor pluralidad el que distingue a la ciudad moderna de las otras formas de institucionalización de la comunidad política, siempre pensadas en términos de un factor dominante (estado, nación, ciudad cerrada), siempre creadoras de un factor de exclusión (de extranjería). Contemplemos la exposición y formulémonos la pregunta: ¿Qué es la ciudad? Y veremos que la ciudad continúa. Y quizás entenderemos que hay que luchar contra los intentos permanentes de cerrarla.